

COLL

EL MUNDO. 14-04-1995

FRANCISCO UMBRAL

<http://fundacionfranciscoumbral.es/articulo.php?id=2528>

José Luis Coll reedita en Planeta/Bolsillo su Diccionario, que salió primero en Hermano Lobo, por entregas, cuando la cosa de la Santa Transición. La transición transicionó tantas cosas (aunque mi amigo Trevijano diga que no: estoy con él en que no fue mérito de los políticos), que hasta transicionó el idioma, y el humorista Coll, que por algo acabaría en buen amigo de Felipe González, se sacó un diccionario de lectura multitudinaria, del que doy algunas muestras: «Dalígula: pintor extravagante y déspota que nombró cónsul a su caballete». «Falángel: cada uno de los huesos de los dedos de los espíritus celestes». «Ocoñal: mujer de más de cincuenta años». A uno este diccionario siempre le ha parecido asombroso, la última flor conquense y rara del surrealismo. Lo malo es que se ha leído como libro de humor, cuando viene de Quevedo («sietedurmiente de las postrimerías»), de Góngora, de los surrealistas. José Luis Coll era el más bajo de Cuenca, y pronto comprendió que así no podía seguir. Aprovechando que César González-Ruano veraneaba en Cuenca, donde tenía un palacio comprado o regalado, no recuerdo ahora, Coll se fue a verle, como también fueron todos los jóvenes conquenses con inquietudes. Allí donde iba, César era una gallina clueca de la literatura que dejaba una puesta de polluelos de buena pluma, como en Cuenca fueron Raúl del Pozo, Raúl Torres, Florencio Martínez-Ruiz, el cura/hippy De la Rica, Meliano Peraile y otros. Lo cual que un día Coll, que ya no aguantaba más de bajito oficial de Cuenca, para enseñar a los visitantes ilustres, se vino a ver a su amigo Ruano, y éste, con el altruismo diligente que tenía para los jóvenes, le llevó a La Codorniz y otras revistas, donde Coll triunfaría en seguida. El humor de Coll se divide en dos: lo que él piensa, elabora, trabaja, inventa, y lo que se le ocurre sobre la marcha, que suele ser lo mejor, como le pasa a todo el mundo. Por una parte va el humorista de oficio y por otra el humorista de genio, aunque, como le dijo su maestro Ruano, «estar todo el rato riendo es como estar todo el rato llorando: monstruoso; por eso no comprendo muy bien el humor como género». Coll es actor, Coll sabe hacer de sí mismo, como Charlot, Coll, cuando éramos jóvenes, ligaba más y jugaba menos al póker. Ahora, todo lo que gana con su talento lo pierde al póker con esos caimanes que son Raúl del Pozo, Manuel Vicent, Pepe Díaz y en este plan. Y encima les invita a su casa de rico a whisky, limonada y profiterols. En cualquier caso, las respectivas esposas están encantadas, porque peor era cuando se iban toda esa punta de golfos al Casino y volvían al alba, con la cara lívida de haberse pegado el tiro de la ruina total y seguir andando. Una vez escribí de Tip y ahora escribo de Coll, porque saca este diccionario, pero habría que escribir un tercer artículo sobre Tip y Coll, que fueron los hermanos Marx del humor español, y con más mérito, porque sólo eran dos. Cuando el franquismo, Coll ya hizo en el Marquina espectáculos muy desmitificadores, como se decía entonces, con Terele Pávez, Emilio Laguna y por ahí. Coll ha tenido el hallazgo genial del hongo, que sale hasta en la portada de su libro, sombrero hongo o bombín que es como la cúpula de su inmenso ingenio. José Luis va de humorista grave por la vida, a lo Buster Keaton, y uno cree que, aparte la pose, Coll es un hombre triste. No ese tópico del payaso que llora, sino el antitópico del humorista que ni siquiera sonríe ni sonllora, como decía Juan Ramón, porque lo que a nosotros nos da tanta risa, a él le cuesta una parida lírica y patética del alma, y con cada «greguería» se le vuela el corazón y el sombrero. Y si no miren: «Suicidio: quitarse la vida en Suiza».